

Lo Que El Primer Mandamiento Exige, Y Lo Que Promete

Martín Lutero

Sermón vespertino para el domingo después del Día de San Juan. Fecha: 27 de junio de 1529.

Texto: Deuteronomio 4:23-31. Guardaos, no os olvidéis del pacto del Señor vuestro Dios, que él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que el Señor tu Dios te ha prohibido. Porque el Señor tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso. Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompiereis e hicieris escultura o imagen de cualquier cosa, e hicieris lo malo ante los ojos de Jehová vuestro Dios, para enojarlo; yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra, que pronto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para tomar posesión de ella; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos. Y el Señor os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las cuales os llevará el Señor. Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Mas si desde allí buscareis al Señor tu Dios, lo hallarás, si lo buscareis de todo tu corazón y de toda tu alma. Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres al Señor tu Dios y oyeres su voz; porque Dios misericordioso es el Señor tu Dios; no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres.

1. La Exigencia Del Primer Mandamiento De Honrar A Dios Como Dios Misericordioso

El Deuteronomio no intenta ser otra cosa que una exposición del Decálogo, en la que Moisés se explaya acerca del alcance que debemos dar a los 10 Mandamientos. Ante todo insiste en el Primer Mandamiento, en el cual hace recaer el énfasis principal. A los demás mandamientos en cambio, más fáciles, no les dedica tanta atención; pues Moisés entiende que si una persona permanece en el Primer Mandamiento, vale decir, en esa fe por medio de la cual llega a conocer de veras al Dios verdadero, dicha persona no tardará en aprender también a honrar el nombre de Dios. Por esto no ahorra palabras en inculcar este mandamiento, ya sea con amonestaciones de diversa índole, amenazas para los transgresores, o promesas para los que lo cumplen. De esto ya habéis oído hablar bastante detalladamente. La mayor preocupación de Moisés es que la gente entienda el Primer Mandamiento correctamente y se atenga al mismo. En efecto, si leyeseis el Antiguo Testamento, notaríais que en resumidas cuentas, lo que quiere demostrarnos es esto: por cuanto se hizo caso omiso del Primer Mandamiento, fueron muertos los profetas, y se originaron en el pueblo de Israel todas esas guerras y carestías, toda esa miseria y derramamiento de sangre.

Si este mandamiento es echado a un lado, todos los demás mandamientos pierden su significado, así como decimos los cristianos: "Si perdemos la doctrina básica de que Cristo es nuestro Salvador, y que la fe sola nos hace justos ante Dios, estamos perdidos." Quien cae de esta nave, se ahoga, aun cuando anteriormente esta nave le hubiera salvado miles de veces.

He aquí, pues, lo que el Primer Mandamiento demanda: Creed en el Señor, confiad en él, y dejad que él sea vuestro único Dios. La plaga más grande, y un mal que nos es innato, es el hecho de que no nos podemos deshacer de la idolatría. Todavía tenemos metidas en lo más profundo de nuestra médula las palabras: "Seréis como dioses" (Génesis 3:5). Pero mientras persista este estado de cosas, Satanás tiene acceso a nosotros. Por esto debe considerarse el Primer Mandamiento como uno de los puntos fundamentales. Pues en él radica toda la sabiduría; todo arte que pudiera nombrarse es insubstancial en comparación con este mandamiento: "Yo soy el Señor, tu Dios". Tres palabras nada más", pero tres palabras difíciles de entender. No en vano las inculca Moisés con tal despliegue de elocuencia; y no obstante, el éxito es escaso.

"El Señor tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso." ¡Palabras terribles, por cierto, aquellas de que Dios, es "fuego consumidor"! Él consume y destruye, y no hay quien pueda impedirselo; y lo hace y lo quiere hacer, porque es un "Dios celoso". A esto sigue: "Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompiereis. e hicieréis escultura o imagen de cualquier cosa, e hicieréis lo malo ante los ojos del Señor vuestro Dios, para enojarlo; yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra, que pronto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para tomar posesión de ella; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos." Si yo tuviera que resumir todo esto, no podría darle una formulación más cortante que ésta: "Si apostatáis de Dios, ya no hay más remedio". Invoca al cielo y a la tierra, es decir, a todo cuanto existe, a toda la creación animada e inanimada. No podría haber apelado a ningún testimonio más poderoso. Así lo hacemos también nosotros: también nosotros inculcamos a la gente el artículo supremo de que Dios es el Dios único de quien debemos aguardar toda clase de bienes. Si apostatamos de él, estamos irremisiblemente perdidos. Así también nosotros enseñamos a la gente que toda nuestra confianza la debemos depositar en la gracia divina.

Ahora bien: ningún otro artículo nos resulta más intolerable que precisamente éste, el que más falta nos hace. El uno inventa una orden, el otro inventa otra cosa; pero confiar en Dios solo y esperar en él como Dador de lo bueno, esto no lo quiere hacer nadie. Es exactamente como si yo, siendo rico, quisiera regalar a alguien unos campos y otros bienes y le dijera: "Todo esto te lo quiero dar de regalo", y la persona así favorecida rechazara mi ofrecimiento; o como si un hombre tuviera una hija y me la quisiera dar en matrimonio de pura bondad, y yo me opusiera a ello y le dijera: "Esta manera de hacer las cosas no me gusta. Yo lo haré mejor. Quiero merecérmele, para no tener que recibirla de gracia sino por mérito y a base de un derecho." De la misma manera se intenta proceder después también con Dios. Se quiere obtener de nuestro Dios y Señor el cielo mediante una pretensión legal — y eso que él mismo hace pregonar desde la fundación del mundo: "Os lo daré todo de gracia". Esto mismo nos lo predica con insistencia también el Primer Mandamiento en nuestro texto de hoy, diciéndonos: "¡No empecéis con vuestras obras! Dejad que yo os muestre mi misericordia." Es verdaderamente vergonzoso que se nos tenga que reprochar nuestra actitud de que no queremos recibir nada de gracia, sino ganarlo por nuestros méritos. Estamos haciendo el papel de un mendigo que viene al palacio del rey y no quiere aceptar de éste una limosna gratis, sino al contrario, le quiere dar en cambio cuatro moneditas — o cuatro piojos. Así, el mundo quiere dar algo a aquel que lo dio todo. Y al prójimo, al que le debiera dar algo, en vez de darle sólo le quiere quitar. Si uno tiene casa y ganado, el otro piensa: "¡Por qué no tendré yo la casa de ese hombre, o su vaca!" Por esto dice Moisés: "Si no os

importa el mandamiento de Dios, ¡cuidado! Dios es un Dios celoso y un fuego consumidor" — en buen romance: ¡os juro que Dios no os vendrá con regalos! Una vez que hemos perdido a Cristo por nuestra insensatez, nada de bueno seguirá. Nosotros, por cierto, vivimos muy despreocupadamente, como si Cristo fuese un tonto; pero al final ya veremos las consecuencias.

2. La amenaza que el Primer Mandamiento dirige contra los que se apartan de Dios

"Y el Señor os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número." Esto se refiere ahora también a la fe nuestra. Lo que les sucedió a los judíos, nos sucederá también a nosotros. Bajo el régimen del papa fuimos dispersados y perseguidos, el uno en una dirección, el otro en otra, así como los judíos fueron dispersados entre los pueblos paganos. Pero una vez que los judíos se habían radicado en tierra pagana, perdieron a su Dios y adoraron a los dioses de los gentiles, hasta que por fin los romanos los aniquilaron del todo. Así es como Dios se muestra como fuego consumidor. — En nuestros propios días se levantan ya los anabaptistas, ya otros grupos sectarios. También ellos son instrumentos del fuego consumidor de Dios. Se han echado en saco roto los mandamientos divinos, hemos desdeñado la misericordia de Dios en Cristo, cada cual quería crear algo particular. Por eso vinieron aquellos sectarios.

¡Cuan ardientemente desearía Moisés poder guardar a su pueblo en la fe exigida por el Primer Mandamiento! También nosotros predicamos acerca de la fe con el mismo apasionamiento con que Moisés lo centralizaba todo en la fe. El resultado es que se nos ríe en la cara.

Dice Moisés: Cuando los israelitas lleguen a tierras paganas y sean dispersados, perderán su autonomía y se convertirán en esclavos donde antes habían sido señores. Así nos pasó a nosotros: se nos convirtió en esclavos de la Santa Sede. Cualquier bellaco de provisor o hermano lego' podía mediante un solo y mísero breve imponer obligaciones a los príncipes; todos tenían que doblegarse bajo la autoridad eclesiástica. Hoy ni siquiera quisiéramos contratarlos como peones de patio; pero en aquel entonces ejercieron el dominio sobre nosotros. No obstante, está a la vista que la mayoría de la gente no reconoce este hecho, ni le da a Dios las gracias por ello. Semejante ingratitud bochornosa algún día acabará con nosotros. Las amenazas que Moisés profiere contra los judíos caerán sobre nuestra cabeza: vendrán tiempos en que seremos gobernados y tiranizados por rufianes que no son dignos de limpiarnos los zapatos. Idéntica ingratitud exhiben también los príncipes evangélicos. Si decimos que a un párroco de aldea se le debiera dar un salario de 30 florines, se nos llama avaros y se nos responde que hoy en día es imposible pagar una suma tan elevada. Pero llegará el día en que tendrán que pagar tanto como antes, días en que se los someterá nuevamente a la autoridad del provisor y del papa; y si yo pudiera reimplantar la potestad del papa sobre ese populacho, de seguro que no titubearía en hacerlo. Y no le quepa a nadie la menor duda de que aquellos tiempos volverán; pues el texto bíblico no mentirá: "El Señor tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso". Volverán a caer sobre ellos los tiranos, espirituales y seculares, que los exprimirán, y no obstante no les enseñarán nada de bueno. Pero de nosotros y de la enseñanza nuestra se ríen, como los judíos de antaño se reían de Moisés."

3. La trasgresión del Primer Mandamiento por parte de los que confían en sus propias obras y en su iluminación por el Espíritu.

"Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres." Los profetas leyeron con gran diligencia lo escrito por Moisés, y con igual diligencia lo anunciaron al pueblo. No ignoraban por lo tanto los judíos que en este texto Moisés les dice: "Esto te sucederá: servirás a dioses que son llamados obras de manos de hombres. Esto será tu recompensa cuando reniegues de aquella fe y confíes en otra cosa en lugar de confiar en el Dios que te ofrece su misericordia; tendrás dioses que no serán más que piedra y madera, imágenes que no pueden oler ni comer los sacrificios que tú les presentas." "¡No!", dirás tú, "jamás sucederá que Satanás logre imponerme tal cosa". "Sí que te acontecerá", responde Moisés. Pues el que se aparta de este artículo supremo del Primer Mandamiento, en lo sucesivo no guardará otro artículo alguno, sea lo que fuere lo que se le ocurra observar y enseñar. ¿Cómo es posible? Escucha: Cuando confiábamos en lo que habían decretado los antiguos Padres, y en lo que ellos llamaban "buenas obras", ¿acaso esto no significaba adorar las obras de las manos? Pues todo lo que hay en los templos: los altares, los cálices — todo esto lo hemos donado para hacernos partícipes de los méritos de los santos ¿No significa esto adorar piedras y madera? ¿O quieres decirme que un altar es un dios? ¿O que lo es la buena obra que haces, o la regla monástica que observas? Por cierto, la gracia y misericordia de Dios tiene que ser otra cosa que la obra y el mérito que el hombre hace en el convento o en algún otro lugar. Esto lo tendrá que admitir cualquiera. La misericordia y la gracia de Dios existían ya antes de que nosotros naciéramos; y no obstante, nosotros hemos hecho caso omiso de esta misericordia, y hemos puesto nuestra confianza en obras, méritos, y cosas por el estilo. Esto es lo que Moisés quiere decir con las palabras: "Serviréis a dioses hechos, de manos de hombres". Y esto lo debemos evitar. Pero quien falla en este artículo, inevitablemente llegará a ello. Por eso mismo Moisés nos exhorta con tantas palabras a que nos atengamos al Primer Mandamiento, y nos aterra con la amenaza de que—"Dios es un Dios celoso", amenaza que vale en primer término para los que abominan de la voluntad divina. Moisés añadió al mandamiento de Dios tanto promesas como amenazas. Y también la predicación nuestra debe quedar dentro del marco de lo que dijo Moisés: "Si no quieres aceptar la gracia, tendrás la condenación y la ira". Esto, creo, lo pueden entender todos.

"Servirás a dioses hechos de manos de hombres" — esto significa que confiamos en algo que no es sino obra de manos. ¿Y qué hacen nuestros sectarios e iconoclastas sino enseñar a los hombres a confiar en las obras? "Un cristiano verdadero", declaran, "no es aquel que confía solamente en la misericordia de Dios, sino aquel que destruye las imágenes idólatras". O ¿qué enseñan los anabaptistas? Dicen que el bautismo es una ceremonia vacía. Muy elegantemente eliminan del bautismo la gracia. En el bautismo no hay gracia, opinan ellos, tampoco hay remisión de los pecados, sino que el bautismo es simplemente una señal que se te da si has demostrado ser una persona irreprochable, y por cuanto lo has demostrado. Desglosando así del bautismo la gracia, no queda más que una obra. De la misma manera han separado también del sacramento de la santa cena la promesa que allí se ofrece; para ellos, cuando tomas la santa cena sólo comes pan y bebes vino. Con sólo confesar a Cristo en la santa cena, dicen, y con comer el pan y beber el vino, haces una buena obra; la gracia no es un ingrediente necesario. Esto es lo que resulta cuando uno se aleja del Primer Mandamiento: inmediatamente erige un ídolo y establece para sí una obra en la cual pone su confianza. Por esto dice Moisés: "Permaneced con Dios; de lo contrario, la consecuencia inevitable será que os levantéis un ídolo." A hombres tales los

llamamos entonces "herejes", es decir, gente que se aparta del Primer Mandamiento y de la fe en el Dios verdadero. De esta manera, Moisés nos indica que si renegamos del Primer Mandamiento, nos resultará imposible eludir la idolatría.

También los presuntos "iluminados por el Espíritu" insisten en el Primer Mandamiento y afirman: "Nosotros anunciamos la gracia y misericordia de Dios por medio de Cristo Jesús, y no desechamos en modo alguno lo expresado en el Primer Mandamiento." Además se quejan de que yo difundo mentiras acerca de ellos. Pero ¡obsérvalos un poco más de cerca! Es verdad, ellos confiesan que Cristo murió en la cruz por nuestra salvación. Sin embargo, niegan aquello mediante lo cual llegamos a ser uno con Cristo, o sea, destruyen el medio, el camino, el puente, el acceso para acercarnos a Cristo y apropiarnos el beneficio de su obra salvadora. También los turcos confiesan a Dios, pero niegan a Cristo como Mediador. Si yo predico a alguien: "Aquí tienes un tesoro", pero no le doy ese tesoro, ¿de qué le sirve? Con razón el hombre aquel me dirá: "¡Cómo! ¿Primero exhibes ante mis narices un tesoro, y luego te niegas a entregármelo?" Así, esos falsos maestros hablan mucho acerca del perdón de los pecados y de la gracia. Mas si pregunto: "¿Cómo puedo adquirir esta gracia, cómo llega hacia mí?", me contestan: "El Espíritu, únicamente el Espíritu es el que tiene que obrarlo todo"; y este engaño lo complementan diciéndome: "La palabra exterior, el bautismo y la santa cena no tienen ningún valor." Esto significa ponerme el tesoro ante las narices, pero quitarme la llave y el puente que me lleva, a él; pues este tesoro nos es entregado únicamente por medio del bautismo, la santa cena y la palabra exterior. Esto lo digo porque el diablo con su acostumbrada prontitud confiesa todas estas palabras, pero al mismo tiempo niega los medios por los cuales recibimos lo que las palabras prometen. Quiere decir: no niegan el tesoro mismo, pero sí imposibilitan su uso; nos quitan la manera de llegar a él y de aprovecharlo. "Es preciso que tengas el Espíritu", me dicen; pero de la manera cómo puedo adquirir el Espíritu, de esto no me dicen nada.

En pocas palabras: toda secta que surja, irremediablemente arremeterá contra el Primer Mandamiento v contra Cristo Jesús; a este resultado final llegarán todos los herejes sin excepción. Quedémonos pues con este artículo: "No tengáis otro Dios" que el que llega a nosotros en la palabra y en los sacramentos. También a los israelitas del Antiguo Testamento, Dios les indicó una manera cómo podían encontrarle: "Aquí me hallaréis", les dijo — aquí donde estaba el tabernáculo, el altar y el candelero. Nunca se dejó hallar sin elementos intermediarios; siempre proveyó medios exteriores por los cuales habrían de encontrarle. Pero así como nuestros defensores actuales de una "iluminación directa" rehúyen estos medios, así los rehuían también los judíos de antaño. Pero si no he de asir a Dios por medio de factores exteriores, ¿cómo puedo asirle? Por ende, casi todos los herejes pecan contra el Primer Mandamiento.

"Mas sí desde allí buscares al Señor tu Dios, le hallarás, si le buscares de todo tu corazón, y de toda tu alma. Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres al Señor tu Dios y oyeres su voz; porque Dios misericordioso es el Señor tu Dios; no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres." ¡Quisiera ver al que es tan erudito como para abrogar este texto — excepción hecha de los apóstoles! Es, en efecto, un texto que favorece poderosísimamente a los judíos con aquello de que "Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, cuando hayas apostatado de Dios, clamarás a él, y él se acordará de ti". Ahí los judíos dicen, conforme a este texto: "Hemos pecado, y hemos apostatado de Dios; pero ahora le buscaremos de todo corazón, y él no nos abandonará". Y según parece, este texto poderosísimo se dirige contra todo el Nuevo Testamento. Sin embargo, es un texto que nos atañe a todos, no sólo a los judíos. Para todos nosotros fueron dichas aquellas palabras de que Dios no quiere abandonar a los que han caído; incluso lo estáis viendo por propia experiencia. A pesar de que la trasgresión de los mandamientos trae consigo

castigos, no obstante la misericordia de Dios aparece siempre de nuevo. En resumen: cuando Moisés en este pasaje habla de que Dios es un fuego consumidor, lo hace para que nadie se entregue a una engañosa seguridad si Dios no envía al instante el castigo por los pecados; pues si no lo envía ahora mismo, con toda certeza lo enviará más tarde. Tampoco debes decir: "De todos modos, el Señor es un Dios misericordioso, como lo declara aquí el texto", y entretanto seguir pecando e ir tranquilamente por tu camino, como para hacer la prueba de si Dios es realmente un fuego consumidor. Por otra parte, si tú te has apartado de Dios y no puedes volver a la senda recta por tus propias fuerzas, Dios no te abandonará sino que vendrá en tu ayuda. Pues él es un Dios misericordioso; aun cuando aplica castigos, no aniquila del todo, como acostumbra hacerlo Satanás. Permite, sí, que nos azoten bestias feroces, pestes, carestías, guerras, y devasta un determinado reino o cierta ciudad; no obstante, reserva a uno p dos que puedan reedificar la ciudad, como ocurrió en el diluvio, donde dejó con vida a ocho personas", y en la destrucción de Sodoma, donde hizo que escaparan Lot y sus dos hijas¹. La amenaza empero sigue en pie para aquellos que ya están sufriendo el castigo y pese a ello se resisten a creer; para los rectos de corazón en cambio siguen en pie las promesas. Vale, pues, para todos los hombres en general el dicho de que Dios, al aplicar sus castigos, tiene cuidado de no causar la destrucción completa del castigado.

Pero cuando los judíos citan este texto interpretándolo a su gusto, diles que aquí está escrito también: "Hallarás a Dios sí le buscares de todo tu corazón y de toda tu alma". El apóstol Pablo emplea este texto en una de sus argumentaciones, y nadie sería capaz de resolver este enigma si no lo hubiese resuelto Pablo mismo. Dios no dice que dejará impunes a los malvados, como opinan los judíos; tampoco dice que recibirá a todos en su gracia. Sin embargo, después de haber castigado a los judíos, aceptó a muchos de ellos como cabezas de la cristiandad, y aún hoy son convertidos algunos de ellos.

Pero con la misma razón que los judíos, también los papistas podrían decir: "Dios no abandona a su iglesia". Por cierto, Cristo permanecerá con la iglesia hasta el fin del mundo. Esto no nos lo quitará nadie, puesto que él mismo lo dijo en Mateo 28 (v. 20). El papa y los suyos, en consecuencia, arguyen de esta manera: "Por lo tanto nosotros permaneceremos y no seremos derrotados jamás, porque nosotros somos la iglesia de Cristo". A esto habrá que responder: "Así será, en efecto, si la iglesia se vuelve al Señor su Dios de todo su corazón y de toda su alma". Así lo aclara Moisés: no a los que se le oponen deliberadamente los volverá Dios a levantar, sino a los que en su temor y angustia le buscan de todo corazón. No puedes decir, por lo tanto, que Dios haya prometido su misericordia a algún pueblo como tal, sea al pueblo judío o a un pueblo pagano; únicamente la prometió a quienes de corazón se vuelven a él, ya sea que pertenezcan a los judíos o a los malos cristianos o a los obispos, con tal que revoquen con toda seriedad su anterior manera errada de vivir. Donde .esto último no sucede, la misericordia no entra en efecto. Por ende, los judíos no tienen ningún motivo de vanagloriarse con que Dios los volverá a llamar a su lado; pues en lugar de implorar la misericordia divina, se jactan de sus obras humanas y de su procedencia según la carne. En consecuencia, este texto habla sólo en apariencia a favor de la afirmación de los judíos y los papistas de que "Dios no abandona a su pueblo, a su iglesia". Pues dime: ¿quién es su pueblo, y quién su iglesia? Son, como queda dicho, los que buscan al Señor su Dios de todo su corazón y de toda su alma, o sea, los que confían sola y únicamente en su divina misericordia y permanecen en los que les enseña el Primer Mandamiento y desisten de la engañosa confianza en sus propias obras. Otros se podrán llamar iglesia e incluso ángeles. Todo esto no tiene valor alguno.

¹ Génesis 19:12-30.

Este texto lo he querido tratar con tantos detalles por causa de los judíos y de nuestros papistas que lo llevan en la boca con mucha frecuencia.

Lo Que El Primer Mandamiento Exige, Y Lo Que Promete Sermón N° II

Sermón Vespertino Para El Decimoquinto Domingo Después De Trinidad.
Fecha: 5 de septiembre de 1529.

Texto: Deuteronomio 6:4-13. Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas. Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste, y luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. A Jehová tu Dios temerás, y a él sólo servirás, y por su nombre jurarás.

1. El Primer Mandamiento no es tan fácil de cumplir como parece. Sólo lo cumple aquel que ama a Dios y su palabra sobre todas las cosas.

En los sermones sobre el cap. 52 habéis oído hablar acerca del texto de los 10 Mandamientos. Aquí, en el capítulo 6, Moisés comienza a explicarlos. Su explicación del Primer Mandamiento— "Oye, Israel: el Señor nuestro Dios es Un Señor solo"— es la siguiente: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas" (v. 4, 5). Lo que esto significa, lo habéis oído ya muchas veces cuando se predicaba sobre los Evangelios — sin ir más lejos, hace apenas 14 días. Este mandamiento parece bastante fácil de cumplir; sin embargo, no lo es, sino que es la suma de toda sabiduría y ciencia. "Amar al Señor nuestro Dios de todo corazón" no es una mera y fría obra externa, como se imaginaban los judíos: ellos creían que consistía en no doblar la rodilla ante un ídolo. Observado esto, pensaban que no tenían dioses ajenos. Y además, cuando cumplían con las disposiciones acerca de ayunos y vestimentas y

ceremonias exteriores, se consideraban hombres santos. Así podemos hallar también hoy día a muchas personas que se tienen a sí mismas por justas gracias a su observancia de tales exterioridades.

Sin embargo, aquí se nos dice: Si quieres guardar el 1^{er} Mandamiento, escucha esto: el "amar a Dios de todo corazón" sólo lo cumples si a nada, absolutamente nada, le tienes tanto amor como a Dios, a su palabra y a su voluntad. En nuestros últimos dos sermones dominicales habéis oído que no podemos asir a Dios sino por medio de su palabra. Sin la palabra no le podemos ver ni sentir. Si se adopta ante esa palabra la posición correcta, es decir, si la amamos de todo corazón, entonces amamos también a Dios, y obedeceremos sus preceptos tal como un hijo obedece a sus padres. Si la palabra y las ordenanzas de Dios te son más caras que todo cuanto existe además en la tierra, más caras que tu propio cuerpo y vida, entonces las cosas van bien; entonces honrarás también a tus padres, amarás a tu prójimo, no matarás, no cometerás adulterio, no dañarás con calumnias el buen nombre de tu prójimo, en fin, cumplirás en todo la voluntad divina.

Pero ¿dónde se puede encontrar a personas que obran así? Si intentáramos contarlas, veríamos que su número es por demás exiguo. Lo que nos enseña Moisés es una cosa; el diablo, el mundo y nuestra carne nos enseñan algo muy distinto. Por unos pocos pesos seríamos capaces, de poner en juego todos los mandamientos de Dios, su palabra, e incluso a nuestro prójimo. ¿O acaso puede llamarse "cumplimiento del precepto divino" si hablas de tu prójimo en los peores términos, si deshonoras a su mujer, si le engañas en los negocios, y si amas una miserable moneda más que a Dios? ¡No! ¡Todo lo contra no debería ser el caso! Si realmente te deleitaras en oír la palabra de Dios, renunciarías a todo antes de engañar a tu prójimo en un solo centavo, o de hablar mal de él. Pero como ya dije: si comienzas a contar, no hallarás a nadie que verdaderamente ame a Dios de todo corazón. Y por esto mismo se nos dice en el 1^{er} Mandamiento: "No tendrás dioses ajenos". Esto es: Escucha la palabra de Dios, y escúchala con gozo. Lo que ella te ordena y prohíbe, debe ser para ti lo más importante del mundo. Ni tu honor ni tus bienes ni nada de lo que tengas debes amarlo tanto como a la palabra de Dios. No obstante, por unas cuantas moneditas pasamos por alto todos los mandamientos que el Señor nos ha dado.

Moisés prosigue muy seriamente: "Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón, y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes" (v. 6, 7). ¡Cómo insiste Moisés en este 1^{er} Mandamiento: "Lo repetirás a tus hijos, se lo inculcarás en el ánimo"! Moisés emplea toda su maestría en la predicación y explicación de este mandamiento, pues no hay ningún otro que lo iguale en importancia. Lo que quiere decirnos con su advertencia es: "No te conformes con tener las palabras del Primer Mandamiento en los oídos y ante los ojos; antes bien, enciérralas en tu corazón, para pensar en ellas gozosamente, ya sea que estés durmiendo, o despierto."

2. Los motivos que conducen al desprecio de este mandamiento. En su pretendida sabiduría, los hombres creen no necesitarlo

¿Por qué habla Moisés en este tono? Porque sabe muy bien que hay tantos hombres en la tierra que, con haber oído alguna vez los 10 Mandamientos, ya creen conocerlos lo suficiente, y no les asignan mayor importancia que si oyeran alguna noticia acerca de los turcos o del rey de Francia⁶. Ni se les ocurre encerrarlos en su corazón y aplicarlos en su vida diaria. Creen que es

suficiente haberlos oído y saber hablar de ellos, a la manera del que oyó alguna novedad y es capaz de repetírsela a otro. Así es como piensa la mayoría de la gente. Y esto es lo que tanto fastidia: esa rapidez con que pretenden estar en condiciones de saberlo y entenderlo todo. Apenas oyeron una cosa, ya piensan en otra; y si tienen a su alcance esta otra, corren tras una tercera, y esto lo repiten incesantemente. Lo dije muchas veces, y lo vuelvo a decir: si encuentro a alguien que conozca a fondo los 10 Mandamientos, y en especial el primero, con mucho gusto me sentaré a sus pies y le aceptaré como maestro. No tengo reparos en afirmar que me considero más instruido que aquellos predicadores y maestros que se creen iluminados directamente por el Espíritu; pues ellos no conocen los 10 Mandamientos, pero yo sí los conozco, porque los 10 Mandamientos son hasta hoy día mi Donato y mi libro de primeras letras: respecto de ellos, siempre seguiré siendo escolar principiante, a pesar de haber leído un buen par de veces la Biblia entera. Pero aquellos grandes doctores, ni bien saben hacer un sermoncito, creen saberlo todo. Son hombres realmente odiosos, porque lo único que saben hacer con los 10 Mandamientos es oírlos como se oye cualquier otra cosa, y comentarlos interminablemente como si se tratara de un tema novedoso más. Pero con esto no basta. Lo importante es que demuestres en tu vida y con tus obras que estás firmemente resuelto a dejarlo todo, el hogar, la mujer, etcétera, antes de atentar contra uno solo de estos mandamientos. Llegamos pues a la conclusión de que no hay en toda la tierra un solo hombre capaz de guardar la ley de Dios en la forma como se la debiera guardar. Y precisamente aquellos espíritus tan esclarecidos no entienden de ella siquiera una sola letra. Esos fariseos quieren aprender en un día la ley y el evangelio enteros para poder charlar sobre estos temas. Pero cuando el asunto va en serio, cuando habría que pasar del dicho al hecho, todo queda en la nada.

En su censurable desidia, los hombres no aplican lo aprendido .

A estos espíritus malignos, Moisés les sale al paso diciéndoles: "¡No os precipitéis tanto con adquirir sabiduría! ¡No penséis que, apenas oídos los 10 Mandamientos ya los habéis entendido también y asimilado! No me conformo con que tengas estas palabras sobre la lengua y las captas con los oídos y luego lo dejes todo en suspenso en tu mente. Muy al contrario, estas palabras deben "estar sobre tu corazón" (v. 6) y ser allí tu consuelo y tu más preciado tesoro. Además, "las repetirás a tus hijos" (v. 7). En primer término piensa en ti mismo y en la forma cómo debes aprender los mandamientos de Dios correctamente: no los confines en un libro, ni en el oído, sino en el corazón, es decir, haz que tu corazón se llene de un ansia gozosa de seguir la voluntad del Señor. Y luego, una vez que tengas los mandamientos divinos en tu corazón, enséñalos también a tus hijos. Más exactamente, la expresión usada por Moisés es "incúlcalos", "aguza la mente" de tus hijos para que los entiendan. No se trata, pues, de un mero enseñar y repetir. Antes bien, con esta expresión Moisés pone de manifiesto la clase de gente que somos. Es preciso insistir, sin aflojar nunca, porque nuestro corazón está embotado. Hay que volver siempre sobre lo mismo. De otra manera queremos ser maestros antes de haber sido alumnos. Por tanto, hay que repetir, inculcar y aguzar incansablemente. Yo mismo conozco a algunos que creen que no necesitan predicadores y párrocos. Especialmente los nobles y los campesinos alegan que poseemos libros suficientes sobre estos temas, cuya lectura nos trae el mismo provecho que si oímos predicar la palabra de Dios en la iglesia. ¡Sí, leyendo la palabra con este criterio, abrirás tu corazón al diablo que ya te tiene enceguecido! Si el Señor hubiese estado convencido de que esta forma de leer su palabra es suficiente, ¿qué necesidad habría tenido entonces de instituir el sacerdocio levítico, y qué necesidad habría tenido de exhortar a los padres tan encarecidamente a

que "repetieran a sus hijos" las palabras por él mandadas? De esto se desprende por sí solo que si un día llegas a imaginarte que ya posees un conocimiento suficiente del evangelio y de la palabra de Dios, estarás perdido, y Satanás habrá ganado el juego. Pues cuando el corazón se siente hastiado de una doctrina, y cuando ésta nos repugna como las heces de un barril, el corazón apetece algo nuevo —así, en efecto, puede engañarnos el diablo— y nos sentimos inclinados a decir: ¡Esto ya lo he oído muchas veces; cuéntame algo nuevo! Por lo tanto, si el corazón ya no considera la palabra de Dios su bien supremo, entonces la casa está abierta atrás y adelante, y Satanás tiene libre entrada.

Así les pasó a los falsos profetas de nuestros días, al igual que a los de antaño: el evangelio y lo que la fe enseña acerca de Cristo ya no representaba para ellos su máximo tesoro. Aspiraban a algo nuevo — y ahora lo tienen. Cuando un enfermo siente un asco ante cualquier comida, ya no está muy lejos de la muerte. Así también aquel que siente un asco ante el alimento celestial de la palabra divina, ya no permanecerá por mucho tiempo. Nadie piense, pues, mientras viva en esta tierra, que terminará jamás de aprender este Primer Mandamiento; porque Dios mismo es de la opinión de que no podremos aprender ningún mandamiento que supere a éste en importancia. Si Moisés no se avergüenza de insistir siempre en lo mismo, tampoco nos avergoncemos nosotros de escucharlo. Yo sí debiera tener más motivos de avergonzarme por inculcar siempre lo mismo, que vosotros por escucharme. Dios en cambio no se cansa de repetir sus enseñanzas ¡y nosotros, estúpidos, sentimos hastío y desdén! ¡Dios nos guarde para que no pensemos también nosotros, como aquellos arrogantes iluminados, que ya lo sabemos todo! Sin duda, este pasaje Dios lo hizo poner aquí justamente para que nadie presuma de ser dueño ya de todo conocimiento.

"Hablarás de estas palabras estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes,... y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas" (v. 7, 9). Para no hastiarte de la palabra de Dios, habla de ella, sea que estés en tu casa, o en el campo; en todas partes habla de estas hermosísimas palabras: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas". De ellas, repito, debes hablar, ya cuando te levantes, y todavía cuando te acuestes a dormir. En tus manos debes pintarlas y en la puerta de tu casa debes escribirlas, para tenerlas a la vista dondequiera que estés. ¿Qué quiere decirnos Moisés con esto? Él quisiera que estampáramos estos mandamientos no sólo en nuestro corazón, sino sobre nuestra vida entera. De este texto deriva una costumbre que tenían los judíos, de la cual se nos habla en Mateo 23 (v. 5): Así como nosotros recitamos, predicamos, leemos, cantamos, pintamos e imprimimos los 10 Mandamientos para tenerlos siempre presentes, ellos se ataban a la cabeza un pergamino en que estaba escrito el texto de estos mandamientos. En sí, aquella costumbre no era mala, pues demuestra que los judíos querían tener la palabra de Dios siempre ante sus ojos; por la misma razón ponían también inscripciones con textos bíblicos en todas partes, incluso en sus huertas. Y sin embargo eran unos malvados, como dice el refrán: el Padrenuestro a flor de labios, la desvergüenza en el corazón. Tener los 10 Mandamientos siempre a la vista es, por cierto, algo bueno. Pero dejarlos ahí y no llevarlos a la práctica, es una hipocresía. La intención de Moisés al decir "hablarás de ellas en tu casa" es, pues, la siguiente: cualquier cosa que hagas dentro o fuera de la casa, siempre debes tener ante los ojos la palabra de Dios para no contravenirla. En cualquier lugar en que te encuentres, debes pensar: "no voy a hacerle daño a mi prójimo, porque Dios me mandó no hurtar". Si este mandamiento halla tu aprobación, si eres un hijo obediente de Dios, y si amas a Dios de todo tu corazón, entonces no hurtarás, ni en tus negocios en el mercado, ni tampoco en el campo donde tienes tierras lindantes con las tierras de tu prójimo. Esto es lo que significa "hablar de la palabra de Dios": conformar la vida entera a lo que ella nos dice.

Consecuentemente, si en tu casa "hablas" dé la palabra de Dios, ya seas artesano, cervecero, zapatero, sastre o lo que fuere, pensarás: Así es como actuaré con mi prójimo: a nadie le cobraré demás ni le exigiré intereses de usurero ni le engañaré, porque Dios me ordenó en el Séptimo Mandamiento no hurtar ni andar con negocios ilícitos. Pero ¿dónde se encuentra a una persona tal? El fariseo lleva la palabra de Dios escrita en el sombrero. Pero el cristiano sincero dice: Quiero' disponer mi vida de una manera tal que no peque contra mi Dios ni cometa injusticias contra mi prójimo. Quienes así inscriben los preceptos de Dios en su vida, son los que "los atan como una señal en su mano". Todo depende de que en cada una de tus palabras, en todas tus acciones y negocios, te propongas conscientemente temer a Dios y confiar en él, no causar daño a nadie, sino ser útil a todos. Comienza a vivir tu vida de esta manera, y al cabo de un año cuéntame lo que sabes acerca del Primer Mandamiento. Recuerda que no querías buscar tu propio provecho, que no querías engañar a tu prójimo, entonces verás qué significa amar a Dios, y verás también que todavía no aprendiste ni las primeras letras de este difícil arte. Si amaras a Dios de veras, no serías un adorador tan devoto del dinero. Por la manera como vives, los hombres hallan motivo para levantar contra ti la acusación de que no amas a Dios.

"En los postes de tu casa" escribirás las palabras de Dios (v. 9), esto es, debes pensar en ellas cuando salgas de tu casa o cuando entres en ella, al trabajar en tu hogar o al tratar con tu prójimo, a fin de que no hagas nada que contraríe la voluntad de tu Dios. Es ésta una exhortación muy necesaria que Moisés añade al 1^{er} Mandamiento por cuanto se da cuenta de que los hombres, ni bien oyeron la palabra de Dios, ya creen saberla toda. Por esto quiere llevarlos del simple percibir con los oídos al oír con el corazón y al practicar en la vida, para que vean que están dañando a su prójimo con palabras y con obras debido a que no piensan en otra cosa que en buscar lo suyo propio, no importa qué puede resultar de ello para el prójimo.

3. Lo que más impide guardar el 1^{er}. Mandamiento es el amor al dinero.

Las lecciones más importantes empero, y las más difíciles de aprender, se presentan cuando Dios no sólo pone ante nuestros ojos sus preceptos que hemos tratado con tanto desdén) sino cuando nos envía plagas e infortunios. Ya verás entonces si en tales tribulaciones y aflicciones eres capaz de amar a Dios tal como lo hizo Job, y si puedes decir como él: "¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?" (Job 2:10). En tales circunstancias —aun cuando no hubieres hecho a tu prójimo mal alguno y en cambio hubieres guardado al menos en algo los 10 Mandamientos de Dios — te darás cuenta; de que la voluntad de Dios, que en realidad debiera ser tal; más fuerte consuelo, no te resulta nada agradable si los hombres lesionan tu honor y te cubren de ignominia. Pero no hablemos ahora de esto; sólo quiero repetir: no te conformes con captar aquellas palabras simplemente con los sentidos, sino antes cáptalas con el corazón y retenías allí firmemente, procurando siempre de no transgredir los preceptos del Señor en toda tu vida, y de apreciarlos como tu más grande tesoro.

"Cuando el Señor tu Dios te haya introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste, y luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de". Señor, eme te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre" (v. 10-12"). Después de haber explicado lo eme significa guardar el 1^{er}. Mandamiento, a saber, "amar a Dios de todo tu corazón", Moisés prosigue

ahora con una exhortación a que permanezcamos fieles a la palabra, y a que no intentemos aprender otra cosa antes de conocer a fondo lo que Dios nos enseña. Acto seguido enumera diversos impedimentos que se oponen al cumplimiento de este precepto, a fin de que los removamos de nuestro camino y nos atengamos estrictamente a la voluntad divina expresada en estas palabras.

El principal de estos impedimentos, la principal piedra de tropiezo, es el Señor Dinero, como oísteis en el Evangelio de esta mañana. Éste será el primero en desviarte de tu Dios, dirigiendo tus miradas hacia las casas hermosas, los olivares y otros bienes terrenales. Éstos llegarán a ser tu dios, pero al que es en verdad el Dios tuyo, le olvidarás, como ya lo dije esta mañana: el dios de este mundo es el dinero. Contra esto quiere advertirnos Moisés con las palabras que acabo de leer (v. 10-12): nada de cuanto allí se menciona debes amarlo tanto como a Dios, sino muy al contrario: a Dios debes amarle más que a todo esto. Ahora bien: "Amarás al Señor tu Dios" — esto se dice muy fácilmente; ¡pero el aspecto que ofrece un montón de florines es tan bello! Tan bello que puede hacernos pensar: ¿Qué importancia tienen, al fin y al cabo, aquellas 5 palabras "Amarás al Señor tu Dios"? A causa de ellas no puedo dejar mi casa, descuidar mis bienes, o abandonar mis negocios. Por esto digo que el dinero es el primer factor que nos impide amar a Dios sobre todas las cosas, y que hace que nos olvidemos de Dios y le despreciemos. La culpa la tienen las casas llenas de todo bien, las cisternas, las viñas, los olivares de que habla nuestro texto. Por ende, tomadlo como advertencia, pues lo que allí se describe, la riqueza, es el primer diablo seductor que intenta desviarnos de Dios. Que no se ame a Dios, hay que achacárselo a los bienes terrenales. ¿O no es así como sucede generalmente en el mundo? Los padres educan a sus hijos, con los dolores y dificultades naturales que esto suele acarrear; y una vez que estos hijos llegan a adultos, comienzan a hacer distintas valoraciones en cuanto a los bienes y los padres. ¿Dónde están entonces los hijos que aman más a sus padres que a las riquezas? ¿Cuándo se acuerdan alguna vez del dolor, las penas y el duro trabajo que sus padres tuvieron durante los largos años en que los educaron? ¿Cómo les retribuyen el haber empeñado en ellos su honor, su vida y sus bienes? Adultos ya, estos mismos hijos desearían que sus padres estuviesen muertos para poder quedarse ellos con el patrimonio; más aún, hasta les disputan sus bienes en vida. ¿Dónde hay un solo hijo que diga: "Antes de pelearme contigo, padre, prefiero renunciar a todos los bienes"? Sin embargo, así es como debiera proceder un hijo piadoso.

Además se puede ver a menudo que a causa de unas cuantas posesiones, los hermanos se convierten en enemigos mortales. ¿Quién es el que destruyó allí el amor fraternal? Nadie más que el amor al dinero. Si reinase el amor al hermano, dirías: Antes de enemistarme contigo, preferiría que todos estos bienes se los tragara el río Elba. Y así se comporta un vecino con el otro, el hombre del campo con el hombre de la ciudad. ¿Quién domina el arte de infundir en los hijos el desprecio hacia sus padres? ¿Quién provoca esa discordia entre hermanos que se han cobijado bajo el corazón de una misma madre? ¡El dios Dinero! Él es el culpable de todas estas desgracias. Es el dinero el que desacredita los mandamientos de Dios de tal manera que ya no los respetan ni los hijos ni los hermanos, ni las hermanas, ni los vecinos, ni nadie. Es el dinero el que relega a un plano secundario a los padres, los hermanos y los amigos, como podemos observarlo en más de una partición de herencia, donde cada uno piensa: ¡Ojalá ya fuesen míos la casa y las tierras y los campos de pastoreo; que mis padres y hermanos se queden entonces donde puedan!

Ya ves qué poderoso caballero es Don Dinero: tan poderoso que desvirtúa todos los preceptos divinos. Contra este peligro nos advierte Moisés y nos dice: ¡Ten cuidado para que el dinero no se convierta en tu dueño y señor! Abre los ojos y permanece junto al único Dios verdadero, y piensa: "Aunque jamás tuviera bienes algunos, no obstante le tengo a Dios, que si quiere, puede dárme los", y confórtate con la certeza de que Dios vale para ti muchísimo más que

todos los bienes de la tierra. Y si te dio casas, cisternas, viñas y olivares, confía en el que te dio todo esto, y no dudes de que tiene poder para darte también aquellas otras cosas de que ahora quizás carezcas. Por cierto, lo que recibiste de tus padres no lo conseguiste mediante los esfuerzos tuyos, sino que te lo dio Dios por intermedio de tus padres. Sin embargo, si consultas con el dios Dinero acerca de cuál de los dos es lo mejor, los padres o los bienes, él te dirá: los bienes. De ahí la amonestación de Moisés de que apreciemos a Dios y sus mandamientos más que todas las riquezas del mundo: aunque te fuese quitado todo, Dios seguirá siendo el Dios tuyo; si él quiere, te puede dar mucho más de lo que has perdido. Si te atienes a su palabra, puedes tener la certeza de que Dios cumplirá con lo que te prometió.

Repito, por lo tanto: lo primero que nos hace tropezar en el cumplimiento del precepto de amar a Dios de todo corazón es el dinero; es un verdadero "dios ajeno". Así fue entre los judíos, y así es también entre nosotros: nos fijamos más en los bienes materiales que en Dios. Ésta es la funesta influencia de este dios ajeno. Pues si yo en verdad amara a mi Dios y sus mandamientos, no le haría oposición a él y al prójimo por causa del dinero. Mas si hago esta oposición, es una señal segura de que no amo a mi Dios, de lo contrario no me portaría de esta manera con él y con mi prójimo.

Todo esto empero no quedará impune, dice Moisés, porque "tu Dios es un Dios celoso; ten cuidado, pues, para que no se inflame el furor del Señor tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la tierra" (v. 15). Ya ves, aquí no se trata de bromas; no tomes, pues, las palabras de Dios a la ligera. Hay quienes dicen: Si hoy no sirvo a Dios, tal vez se me ocurra servirle mañana. Si piensas así, algún día el Señor será para ti no ya el buen Dios, sino un fuego consumidor, como le llama Moisés en una oportunidad anterior u, quiere decir, te exterminará de sobre la tierra, destruirá tu cuerpo y tu vida, y después también tu alma. La experiencia lo está enseñando claramente.

Quien mal anda, mal acaba; porque Dios es en verdad un fuego consumidor. Si los hombres roban y saquean con total desprecio de Dios, él también los despreciará a ellos y hará que sus riquezas les sean arrebatadas. En cambio, si hubiesen amado a Dios más que al dinero, habrían tenido lo suficiente para saciarse con buena conciencia. Tomemos pues en serio estas advertencias, y aprendamos siempre mejor a amar y estimar los mandamientos de Dios más que cualquier bien que la tierra pueda ofrecernos.